

Círculo completo

El maestro mediocre dice. El buen maestro explica. El maestro superior demuestra. El gran maestro inspira.
William Arthur Ward

Cuando estaba en tercer grado quería ser como la Sra. Abshere. Tenía un corte de pelo estilo Dorothy Hamill, usaba tacones altos y siempre sonreía a sus alumnos. Usaba tiempo extra para explicarme de nuevo conceptos de matemática o para valorar mi poesía. Rara vez elevaba su voz y era respetada por cada uno de sus alumnos. Nos hacía sentir especiales y queridos. Durante el recreo, yo prefería quedarme en el aula y jugar a la escuela, y la Sra. Abshere con cariño me dejaba usar sus lápices especiales y sus hojas de trabajo. "Eres una buena maestra, Erin", decía.

Se me consideraba una niña en alto riesgo. Mi familia tenía poco dinero y vivíamos con el abusivo novio de mi madre. Una de las razones por las que amaba la escuela era porque me ofrecía un escape y en verdad sentía que la Sra. Abshere se preocupaba por mí. Su paciencia y buen corazón me ayudaron en muchos momentos difíciles. Ella solía llevar un pequeño lápiz labial de manteca de cacao y ~~me lo ofrecía durante la hora del cuento~~ "Los labios agrietados duelen y tenemos que cuidarlos", me decía. Yo la veía como una especie de madre postiza y como un modelo del tipo de persona que yo quería ser en algún momento.

Un día, mi madre fue arrestada por la policía después

de participar en un fraude a la asistencia social. ¡Yo tenía nueve años y estaba aterrizada! Aferré a mi hermano y a mi hermana mientras nos llevaban al hogar para niños.

Mientras mi madre esperaba la sentencia, mi hermano, mi hermana y yo esperábamos en el hogar. Íbamos a una escuela del hogar y dormíamos en una habitación llena de otros niños cuyos padres también estaban presos. Pronto los días se transformaron en semanas y yo me preguntaba si alguna vez volveríamos con nuestros padres. Cuando me dijeron que mi madre cumpliría una sentencia de seis meses mis esperanzas se esfumaron. El estado no podía ubicar a nuestro padre biológico, así que en pocos meses se harían los arreglos para la adopción.

A medida que volvía a mi litera me sentía entumecida. Ya no tenía nueve años y escribía poesía y jugaba a la escuela. Ahora era una prisionera y no entendía por qué. Me tiré en mi cama y sollocé durante horas. Estaba enojada con el mundo y ya no veía un futuro para mí. Fue mientras estaba en este estado cuando una de las niñas vino corriendo hacia mí: "¡Eh!, hay una mujer que quiere verte. Creo que es tu mamá". La emoción me inundó al tiempo que corría por el corredor. ¿Podía ser verdad? ¿La habían dejado ir?

Cuando llegué al final del corredor, allí estaba parada la hermosa mujer con el corte de pelo como Dorothy Hamill. ¡Era la Sra. Abshere! Extendió sus brazos hacia mí: "Sé que nadie es mejor que tu mamá, querida, pero ¡yo también te quiero!". La abracé y agradecí a Dios en silencio por desviar cincuenta kilómetros a este ángel para verme.

Luego de mi abrazo, busqué en su bolsillo y sacó el familiar lápiz labial: "Veo que todavía tienes los labios agrietados". Mientras caminaba con la Sra. Abshere por el jardín, comencé a sentir esperanzas nuevamente. Le mostré mi litera y algunos poemas que había escrito. Esta ba muy emocionada por presentarla a todos mis nuevos

amigos: "¡Esta es mi maestra, la Sra. Abshere!", gritaba. Quería que todo el mundo supiera su nombre.

Cuando la visita llegó a su fin, la Sra. Abshere me hizo prometer que volvería a la escuela para despedirme, así ella sabría que yo estaba bien. Se lo prometí.

Dos semanas después, les dieron nuestra custodia a mis abuelos. Nos mudaríamos al otro lado del estado. Mi abuela me llevó a la escuela para que pudiera despedirme de mis amigos. Cuando llegó el momento de decirle adiós a la Sra. Abshere, simplemente no pude hacerlo. Me quedé parada allí e intenté no mirarla. La tristeza me agobiaba. ¿Cómo podría dejar a esta maravillosa mujer? Mientras estaba parada allí y las lágrimas rodaban por mis mejillas, ella me alcanzó una caja y dijo: "Es una caja repleta de lápices especiales de maestra y hojas de trabajo para que puedas jugar a la escuela siempre que quieras. Cada vez que juegues, espero que pienses en mí porque yo estaré pensando en ti". Nunca olvidaré estas palabras.

Cuando mi abuela y yo nos fuimos, no sabía qué sería de mí. Sólo sabía que sobreviviría, estaría bien, porque una maestra especial me había demostrado que le importaba. Ese conocimiento fue suficiente para ayudarme a atravesar todo.

Dieciséis años más tarde busqué a la Sra. Abshere para decirle lo agradecida que estaba. Cuando la encontré tuvimos la conversación más hermosa. Sentí mucho orgullo de contarle que me encontraba a sólo un año de convertirme en maestra. "¡Oh! —exclamó—. ¡Puedes practicar con mis alumnos!". Así que, quizás regrese pronto al aula de la Sra. Abshere, sólo que esta vez como una igual y una amiga muy agradecida.

Erin Kelley